
EL Colegio Nacional
se honra en invitar a usted
a la ceremonia solemne de
homenaje a la memoria del
LICENCIADO DANIEL COSÍO VILLEGAS
miembro que fue de esta
institución, que con asis-
tencia del señor Presidente
de la República, **LICENCIADO**
JOSÉ LÓPEZ PORTILLO,
tendrá lugar el jueves 11 del
mes en curso, a las 19 horas.

México, D.F., Agosto de 1977.

(Calle de Luis González Obregón 23, Zona 1)

P R O G R A M A

I.—Palabras introductorias por el
Presidente en Turno, DOCTOR
SILVIO ZAVALA.

II.—Discurso de homenaje al LICEN
CIADO DANIEL COSÍO VILLEGAS,
por el DOCTOR MANUEL MAR -
TÍNEZ BÁEZ.

III.—Descubrimiento, por el señor
Presidente de la República, del
retrato al óleo del LICENCIADO
DANIEL COSÍO VILLEGAS,
pintado por Jorge González
Camarena.

H O M E N A J E
DE
EL COLEGIO NACIONAL
A LA MEMORIA DE
DANIEL COSIO VILLEGAS

10 de marzo de 1976



EDITORIAL DE EL COLEGIO NACIONAL
Calle de Luis González Obregón núm. 23
MÉXICO 1, D. F. (México) MCMLXXVII

H O M E N A J E
DE
EL COLEGIO NACIONAL
A LA MEMORIA DE
DANIEL COSIO VILLEGAS

10 de marzo de 1976



EDITORIAL DE EL COLEGIO NACIONAL
Calle de Luis González Obregón núm. 23
MÉXICO 1, D. F. (México) MCMLXXVII

En la ciudad de México, a las 19 horas del jueves 11 de agosto de 1977, con asistencia del Señor Presidente de la República, Licenciado José López Portillo; del Sr. Secretario de Educación Pública, Lic. Porfirio Muñoz Ledo; del Sr. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Dr. Guillermo Soberón Acevedo; del Sr. Director General del Instituto Politécnico Nacional, Ing. Sergio Viñals Padilla; y de otros altos funcionarios de la Secretaría de Educación Pública y de otras dependencias gubernamentales, en el Aula Mayor da principio la ceremonia de homenaje organizada por El Colegio Nacional a la memoria del Lic. Daniel Cosío Villegas, como Miembro Titular que fue de esta institución.

El Presidente en Turno del Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala, pronuncia las siguientes.

PALABRAS INTRODUCTORIAS

Sr. Presidente de la República, Sr. Secretario de Educación Pública, Sr. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Sr. Director del Instituto Politécnico Nacional, Sres. miembros de El Colegio Nacional, señoras y señores:

El Colegio Nacional se reúne esta noche para honrar la memoria de su distinguido Miembro Titular, Don Daniel Cosío Villegas, a quien tuvimos la pena de perder el 10 de marzo de 1976.

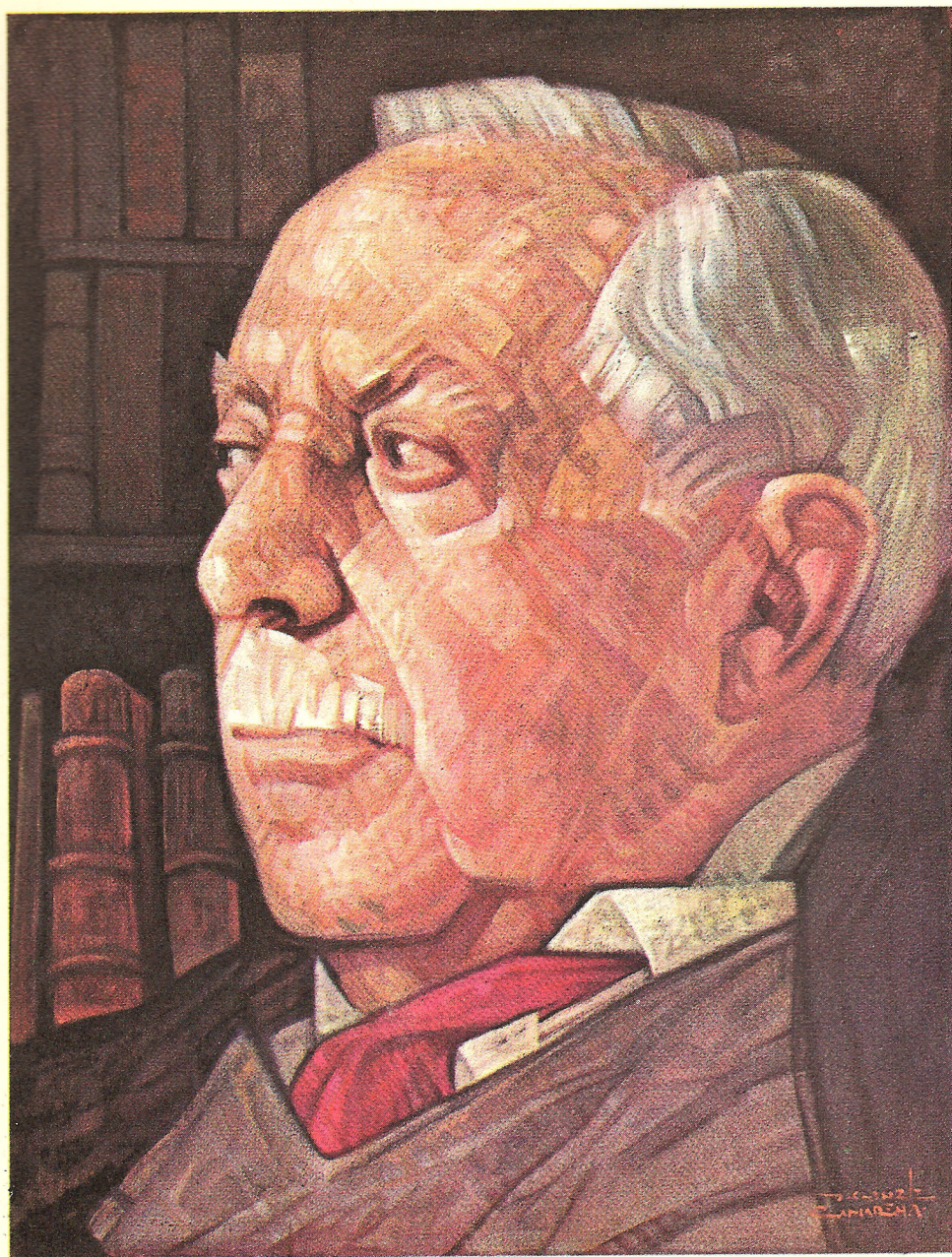
Agradece al Sr. Presidente de la República, Don José López Portillo y Pacheco, al Sr. Secretario de Educación Pública, Don Porfirio Muñoz Ledo, a sus honorables acompañantes, a los familiares, amigos y

admiradores de Don Daniel, entre los cuales se cuentan muchos jóvenes, su presencia en nuestra Aula Mayor.

Largos años de trato y amistad íntima ligaron a Don Manuel Martínez Báez, con el ilustre desaparecido, que tanto sirvió a la nación mexicana con sus escritos y creaciones en los campos de las ciencias sociales y económicas, la diplomacia, la historia y el civismo. Por ello, y porque el Consejo del Colegio Nacional tuvo presentes los relevantes méritos que don Manuel ha desplegado en el arte de la biografía, se sirvió invitarlo a ser el orador en esta velada.

Habiendo tenido la gentileza, que mucho le estimamos, de aceptar este honroso encargo, ruego al señor Doctor Martínez Báez que haga uso de la palabra.

En seguida, el Dr. Manuel Martínez Báez procede a dar lectura a su discurso de homenaje a la memoria del Lic. Daniel Cosío Villegas, y terminado, le es prolongada y calurosamente aplaudido.



DANIEL COSÍO VILLEGAS

Retrato al óleo por Jorge González Camarena.

(Galería de El Colegio Nacional).

Señor Presidente de la República:

Señor Secretario de Educación Pública:

Señor Presidente y señores Miembros de El Colegio Nacional:

Señoras, señores:

El Consejo de Gobierno de El Colegio Nacional me ha designado para llevar su voz en el homenaje que rinde hoy a la memoria de uno de sus miembros más esclarecidos, el señor Licenciado don Daniel Cosío Villegas. Al iniciar el cumplimiento de tan honroso cometido me complace ofrecer al Señor Presidente de la República el saludo respetuoso de El Colegio y su agradecimiento por haber aceptado asistir a esta ceremonia, con lo cual le da solemnidad y relevancia.

Daré en seguida una explicación, que suplico sea tomada como excusa, por haber aceptado ese encargo que otros habrían desempeñado con cabal eficiencia. Para decidir como lo hizo, nuestro Consejo de Gobierno tomó en cuenta sólo la amistad que por más de medio siglo me unió al ilustre colega cuyo recuerdo evocamos ahora.

Conocí a Daniel Cosío Villegas en el año de 1922, cuando daba una serie de conferencias sobre Sociología Mexicana en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, mi ciudad natal, a donde volvió varias veces por entonces, buscando la quietud del ambiente provinciano para trabajar intensamente en algunas de sus tareas. Pronto hubo entre nosotros dos una amistad que nunca sufrió quebranto por el resto de su vida. Conocí por ella sus antecedentes, seguí después al tanto de su vida y de su actuación; escuché muchas de sus conferencias y he leído buena parte de su obra escrita, con lo cual se sumaron a mi afecto amistoso el reconocimiento y la admiración de su extraordinaria personalidad.

Cuando volvió a la ciudad de México, en 1915, traía, con sus dotes ingénitas reveladas ya en la provincia como estudiante distinguido, el intenso amor a la patria que por entonces se solía inculcar a los niños mexicanos, aun antes de que tuvieran idea clara de lo que es la patria, y un ideal que enunció, sencillamente, como "hacer algo por México".

Comenzaba entonces una vida nueva para nuestra patria; era, en las propias palabras de Daniel, "la primavera de la Revolución", cuyos postulados estimaba justos y en cuyas realizaciones esperaba confiado, mientras que su optimismo juvenil lo hacía tolerante de las divisiones entre los revolucionarios y de la actuación, no siempre eficiente, de los caudillos militares transformados en gobernantes.

Emprendió el largo camino que lo llevaría a la realización de su ideal. Disponía para ello de fresca juventud, salud cabal, inteligencia extraordinariamente brillante y laboriosidad infatigable. En la Escuela Nacional Preparatoria obtuvo los grados de Bachiller en Artes y en Letras, y tras un intento frustrado para estudiar Ingeniería, ingresó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, impulsado no por el deseo de hacerse abogado, sino más bien por su interés en las ciencias sociales. En la Escuela de Altos Estudios, al seguir los cursos para la Maestría en Filosofía, asistió "deslumbrado" a las lecciones espectaculares de Antonio Caso, se incorporó al grupo de intelectuales jóvenes conocido como "La Generación de 1915", e inició su actividad creativa, que algunos han calificado de polifacética.

Me parece más bien que la carrera de Cosío Villegas es comparable a un camino único, con varias etapas, para cada una de las cuales se fijó una

meta precisa que siempre alcanzó, pero con tendencia invariable hacia un objeto final, su ideal primero, "el imperativo categórico de hacer algo en beneficio de la Nación". Para acatarlo eficazmente se aplicó a conocer bien a su patria. La Sociología le enseñó la estructura y el funcionamiento de las colectividades humanas y por ello la estudió con ahinco. Amante de la acción, participó desde luego en la política estudiantil y pronto sus compañeros lo distinguieron eligiéndolo para representarlos en el Consejo Universitario. Interesado desde entonces en las relaciones internacionales,

sugirió y obtuvo la creación de plazas para "agregados estudiantiles" a nuestras representaciones diplomáticas en los países latinoamericanos y ascendió en este plano hasta la presidencia del Primer Congreso Internacional de Estudiantes. Aspiró a hacerse escritor por el gusto de ejercer tal oficio y para servirse de él en sus trabajos ulteriores, y comenzó a escribir. Mientras seguía acrecentando su saber, ayudaba a otros a adquirirlo practicando la docencia que ejerció tan eficazmente por el resto de su vida.

Su labor se animaba con su indomable vehemencia, pero siempre la encauzó metódicamente, con apego a rigurosa disciplina. Al ahondar en el conocimiento de la etapa que entonces vivía su patria, reconoció la importancia primordial de sus factores económicos, y sufriendo la escasa posibilidad para estudiar aquí la Economía, marchó al extranjero, y en las universidades de Harvard, Wisconsin, Cornell, Londres y París siguió los cursos que daban los grandes economistas de aquellos días. Cuando terminaba esta preparación fue invitado a encargarse de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, pero tuvo que dejarla bien pronto, tras aquel tumulto que después muchos han llamado "lucha por la autonomía universitaria". Se dedicó entonces a fomentar aquí el estudio de la Economía; la enseñó desde la cátedra, logró la creación de la Escuela de Economía, fundó la revista "El Trimestre Económico" y estableció el Fondo de Cultura Económica, cuyo desarrollo promovió con el gran éxito que todos conocemos.

Entre tanto actuaba también en el campo de las Relaciones Internacionales, desde la Secretaría de tal ramo o con la representación de México en órganos y en reuniones de cooperación internacional. Sugirió por entonces invitar a un grupo de intelectuales españoles republicanos para venir a México y proseguir aquí sus tareas, salvando así los escollos que

afrontaban mientras la guerra civil destrozaba a su patria. Aprobada tal sugerencia, organizó para realizarla la Casa de España en México, transformada después en El Colegio de México, en donde creó los centros de estudios en Lingüística, Sociología, Historia y Relaciones Internacionales y fundó las revistas "Historia Mexicana" y "Foro Internacional".

Apreciando con lucidez la necesidad de conocer a fondo y con certeza el pasado inmediato en la vida de México para poder orientar su presente y su futuro, se propuso hacer una nueva historia moderna de nuestro país y realizó esa tarea con la colaboración de un equipo de historiadores jóvenes, aptos y entusiastas.

En cada una de sus creaciones Cosío Villegas cumplió su propósito de poner en manos jóvenes las empresas que acometía cuando juzgaba que habían llegado a la madurez, con lo cual ha logrado la supervivencia y el desarrollo que ahora tienen.

Todas estas labores no mermaron su capacidad para la acción ni templaron su empeño en realizar su ideal. En los últimos años de su vida, mientras seguía intensamente ocupado en dirigir los trabajos del Centro de Estudios Históricos en El Colegio de México, aplicó su vasto conocimiento de las ciencias sociales para emprender nueva tarea, la del politólogo, ampliamente conocida por la divulgación que de ella hizo a través de un diario de la capital.

Cada una de las etapas en la carrera de Cosío Villegas tuvo trascendencia que impide dejar su rememoración simplemente en mencionarlas y que, a pesar de la ya confesada limitación de mi aptitud, me induce a comentarlas. La de su promoción de los estudios en Economía ha tenido consecuencias prácticas vastas y notorias que hacen inecesario insistir en ella; en cambio, me parece que otras no han tenido toda la difusión y el encomio que merecen. Tal es su intervención en las Relaciones Internacionales, iniciada desde sus días de estudiante, seguida en la Secretaría de Relaciones Exteriores, culminada con la representación de México en organismos y reuniones internacionales y ha dejado, para provecho de quienes le sigan en este camino, su voluminoso estudio sobre "La Cuestión Arancelaria en México" y la copiosa "Bibliografía sobre Cuestiones Internacionales de México.

Esta labor, en la que se ocupó por más de cuarenta años, le dio conocimiento amplio y certero de aspectos importantes en las relaciones exteriores de nuestro país, y su actuación esmerada e inteligente en reuniones y organismos de cooperación internacional le permitió enterarse

a fondo del objeto, la estructura y el funcionamiento de órganos esenciales dentro del sistema de Las Naciones Unidas, e intervenir en ellos con eficiencia y decoro ejemplares que prestigiaron a nuestro país y a él le dieron la satisfacción de representar dignamente a México ante las demás naciones del mundo. La actuación relevante de Cosío Villegas en el campo internacional le valió, entre otros éxitos, el de obtener para México su elección como Miembro del Consejo Económico y Social, y el de ser electo él mismo para presidir este importante organismo. De la manera como desempeñó esa presidencia tuve un testimonio personal cuando en cierta ocasión el embajador de una potencia europea ante Las Naciones Unidas me habló de Daniel con gran elogio y me dijo que, a su parecer, éste había sido el mejor presidente del Consejo que él había conocido.

Dentro de esta etapa de su carrera Daniel tuvo otra actuación muy acertada y oportuna que no ha sido reconocida tan ampliamente y tan justamente elogiada como lo merece. Fue la sugestión que hizo al Presidente, General Cárdenas, para invitar a un grupo de intelectuales españoles republicanos a proseguir aquí sus labores entre tanto triunfara en su patria la legalidad contra la traición de Franco y la intromisión de fascistas y nazis. Ahora es ya lugar común reconocer el gran provecho que obtuvo nuestro país, cuando aquella sugerencia fue aprobada y realizada, con las aportaciones de maestros eminentes que indujeron nuevos rumbos en la docencia, transmitieron su propio saber y formaron verdaderos discípulos, continuadores hoy de la labor que aquéllos realizaron. Es debido reconocer con mayor amplitud y precisión el papel creador y la habilidad como organizador que tuvo Daniel Cosío Villegas en esta acción.

La etapa más notoria en la carrera de este ilustre colega nuestro ha sido la del historiador. Al explicar ese carácter polifacético que algunos han creído advertir en su obra, y al cual su propio autor ha llamado, usando su buen humor, "cambio de casaca intelectual", dijo que de todas las casacas con que se vistió "ésta de la Historia fue la que me cuadró más", y explicó detenidamente cómo ella fue el quehacer más largo y laborioso de su vida. El interés por la Historia se despertó en él cuando daba un curso de

Historia Económica de los Países de Europa Occidental y de los Estados Unidos", pero el móvil inmediato que lo decidió a hacer la de su país, en

la época moderna, fue la circunstancia de que "en un momento dado le asaltó la duda angustiosa de si México estaba entrando en una etapa de su vida en la cual parecía desviarse el curso de la Revolución, al conceder otra vez interés mayor al progreso material que al logro de la libertad, y a la cual no pocos comenzaron a llamar "neoporfirismo".

Sobre esta cuestión escribió: "Para cerciorarse era necesario averiguar, primero, qué había sido realmente el porfirismo, y después seguir el curso de la Revolución para ir localizando las semejanzas y las diferencias del nuevo con el antiguo régimen. Era menester investigarlas a fondo, para que salieran de las fuentes mismas de la Historia, de los documentos, de la prensa periódica y de la literatura secundaria". Se dispuso entonces a investigar y a escribir la historia de esos setenta y cinco años que iban de 1878, cuando Porfirio Díaz se hace de la Presidencia de la República, hasta 1972. Al reconocer la necesidad de dar cima a esa tarea "antes de que la utilidad aleccionadora de la misma se hubiera evaporado", se lanzó a esta empresa como director general de la misma y como redactor de algunos de sus volúmenes, para lo cual requirió la colaboración de un grupo de jóvenes interesados en el estudio de la Historia y ya con varia experiencia en él, aleccionado y dirigido para trabajar metódicamente conforme a los dictados de la historiografía.

Comprendiendo que "era imposible acometer la redacción de esas dos historias", la del Porfiriato y la de la Revolución "al mismo tiempo" y como su objeto principal "era tomar al régimen de Díaz como punto de comparación", decidió aplazar la preparación de la historia revolucionaria para un futuro indeterminado. Esta empresa fue acometida con diligencia, pasó por vicisitudes que su realizador ha narrado minuciosamente, y culminó en 1972 con la publicación del tomo décimo de la "Historia Moderna de México". De la calidad de esta obra dan fe los comentarios altamente elogiosos debidos a críticos competentes e imparciales, publicados aquí y en el extranjero. Desde luego es evidente que con este ímprobo trabajo Cosío Villegas logró plenamente el fin que con él se propuso: demostrar que no se debe adoptar como el modelo para orientar la vida de México, al porfirismo, al cual arrasó totalmente con el testimonio irrefutable de la Historia.

Al mérito que esta obra tiene por sí misma se ha de añadir el de que, con su elaboración, el grupo de historiadores jóvenes que en ella

participaron adquirió mayor experiencia, mejor aptitud y más firme interés en su especialidad, revelados ya en la producción de otras obras, la "Historia General de México", la "Telehistoria de México" y la "Historia Mínima de México", así como la preparación, ya muy avanzada, de la "Historia Contemporánea de México" y el buen número de libros ya publicados por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Además han quedado como subproductos valiosos de aquella empresa principal, la "Historiografía Mexicana", en tres partes, con amplias notas explicativas y 1,276 fichas bibliográficas, cuya recolección, su ordenamiento y su reproducción requirieron trabajo arduo, que en lo sucesivo se ahorrarán ya quienes sigan investigando en nuestra historia.

Otros incentivos que para su entusiasmo en esta empresa tuvo Cosío Villegas fueron "el haber podido sacar partido de sus actividades anteriores, Sociología, Derecho, Economía; el tener que tratar de una época en la que figuraron 'aquellos hombres que parecían gigantes', según dijo Antonio Caso: Juárez, Lerdo, Iglesias, Ignacio Ramírez, Altamirano, etc... A que la naturaleza misma de la Historia requiere trazar un lienzo significativo y congruente...y exige un lenguaje limpio, expresivo y aun emotivamente literario". Parece evidente que de esa "naturaleza misma de la Historia" a que Cosío aludió, estimaba en particular dos de los conceptos contenidos en la definición que de ella dejó Cicerón: *lux veritatis* y *magistra vitae*. La historia ha de ser "luz de la verdad" para que su testimonio tenga el crédito incuestionable que se le reconoce, y siendo "maestra de la vida" sus lecciones deben ser comprendidas, aprendidas y aplicadas correctamente para regir la vida actual de los pueblos y orientar la del futuro. Con justa razón dijo Daniel, en términos modestos y un tanto irónicos, que, después de todo, "no había sido un desperdicio completo el cambiar periódicamente de casaca intelectual".

Pero de las varias que usó, hubo una que llevó continuamente, a lo largo de toda su vida. Fue la del maestro, en la más amplia y noble de las acepciones de tal término. Comenzó a ejercer esa profesión cuando apenas tenía la edad de dieciocho años; la dejó el día en que murió. Apreció con lucidez todo el valor de ese oficio; reconoció que enseñar es un medio efectivo para aprender más; estimó su eficacia para conducir por la razón sin imponerse por la autoridad y tuvo muy en cuenta que su ejercicio

debe, ante todo, guiar y ayudar al alumno para que por sí mismo siga buscando el saber, lo aprecie justamente y procure su más provechosa aplicación.

En esta etapa permanente de su carrera desarrolló al máximo todas sus habilidades, manifiestas en sus exposiciones orales y en sus escritos. Sus conferencias y sus ensayos fueron modelo en ambos géneros. Daba a sus oyentes la sensación cómoda de sentir que entendían fácilmente lo que les exponía, y su estilo ameno y elegante mantenía vivo el interés y despierta la atención para el asunto de que trataba. Para sus escritos tuvo manifiesta preferencia por la forma literaria del ensayo y en los que produjo logró muy alta calidad. Tal vez se podría decir que sus conferencias eran como ensayos presentados oralmente, que sus ensayos parecían conferencias escritas y sus artículos periodísticos, formas abreviadas del ensayo.

En este Colegio Nacional tuvo Cosío Villegas su más frecuentada tribuna, desde el 7 de mayo de 1951, cuando tomó posesión de su cargo como Miembro Titular. Desde ella dio varias series de conferencias sobre temas de nuestra historia moderna, de la de las relaciones de México con los Estados Unidos y con Guatemala; de las existentes entre varios países latinoamericanos, y sobre politología. Quienes tuvimos el privilegio de escucharlas las recordaremos siempre con agrado. Su voz no era la mejor de sus dotes, pero la hacía clara, con buena elocución, ni apresurada ni lenta en exceso, acentuando las frases sobre las que deseaba mayor atención, acompañándola con ademanes sobrios y oportunos. Sabía usar bien sus notas y así salvaba los escollos de la improvisación sin provocar el tedio que produce escuchar la lectura continua de un texto escrito. Presentaba datos precisos sobre los hechos que narraba, citando sus fuentes originales cuando le parecía conveniente, y después hacía sus comentarios, a menudo inspirados con su gran sentido del humor, sobre todo cuando quería rebatir o despreciar a alguien. Terminaba anunciando el tema de su siguiente conferencia y asumía actitud comedida ante el aplauso caluroso con el que siempre le manifestaba su satisfacción el público numeroso que había acudido a escucharlo. Ciertamente era un fino placer escuchar una conferencia de Cosío Villegas.

Ejerció también su acción magisterial, y en gran escala, con su obra escrita, con la creación de sus revistas científicas, con la fundación de

cátedras y de planteles de educación superior y, de manera muy especial, en las relaciones que tuvo con sus discípulos y colaboradores, a quienes imponía una estricta disciplina de trabajo, animada con la cordialidad de su actitud, profundamente humana. Su deslumbramiento ante la actuación magisterial de Antonio Caso perduró en él, convertido en anhelo de llegar a ser, a su vez, un gran maestro, y satisfizo ampliamente ese anhelo.

En este aspecto de su actuación mantuvo siempre muy grandes interés en la Universidad Nacional de México, originado en el hondo amor a la institución en la que inició su carrera y en el pleno reconocimiento del papel primordial que aquélla tiene en la dirección de la vida cívica de nuestra patria. Ese interés tuvo una de sus manifestaciones más ampliamente divulgadas en la serie de 19 artículos periodísticos que reunió bajo el rubro de "El Estudiante y su Universidad", en los cuales abundan conceptos que se han vuelto de actualidad, como aquél en el que dijo, aludiendo a quienes malévolamente estorban el debido cumplimiento de las funciones esenciales de la Institución: "No piensan en que la noble idea de la autonomía garantiza la libre emisión del pensamiento como motor del florecimiento intelectual, sino en la impunidad que tal libertad académica les da para desarrollar dentro de las aulas una actividad política y de agitación que no debe hacerse dentro de los recintos escolares. En este problema...nada tiene que ver la Universidad; antes bien ella es víctima de causas exteriores cuyo encauzamiento está fuera de sus atribuciones y de sus fuerzas".

Ese interés profundo por la actuación de la Universidad encontró realización práctica cuando Cosío Villegas obtuvo para el Colegio de México, además de los recursos materiales y humanos indispensables para su buen funcionamiento, el reconocimiento legal de su categoría universitaria. Pudo así dotarlo con profesorado selecto, a tiempo completo, bien pagado y con estabilidad en sus puestos, y darle alumnos escogidos, estudiantes estudiosos, con recursos para permitirles ser, también ellos, "de tiempo-completo". Los frutos de tal empeño y de esa dirección son hoy una espléndida realidad.

Hay otro aspecto en la obra de Daniel que me parece debido no pasar por alto. Es el que constituye su estilo, dando a este vocablo su sentido, más lato, el que hace muchos años hizo a alguien decir que "el estilo es el

hombre". El estilo de Daniel no siempre fue igual en todos sus aspectos, pues si bien siempre buscó y encontró lenguaje claro, preciso y elegante para sus escritos y sus exposiciones orales, en cambio se advierte en el de sus años últimos una gran parquedad en el elogio y una severidad dura, despiadada y a veces hasta cruel, para increpar a quienes menospreciaba. En este aspecto particular su vehemencia llegó tal vez hasta la desmesura, y en ella encuentro su pequeña contribución a la regla que niega la posibilidad de la perfección a la obra humana. Deploro tener que reconocer que, al menos en alguna ocasión emitió pareceres erróneos que ofendieron a personas a quienes considero dignas de estimación y de respeto, con algunas de las cuales llevo verdadera y ya vieja amistad.

Pero, como dije antes, el estilo de Daniel no fue siempre igual en este aspecto. Cuando él era joven estaba lleno del optimismo propio de su edad, y su vehemencia, tan grande entonces como lo fue después, se desfogaba en elogios, en aprobación encomiástica de hechos o de personas. Alababa intensamente a maestros, poetas, escritores, músicos, pintores, políticos. Expresaba así su esperanza en un futuro mejor, su fe en la prevalencia de la razón, de la verdad, de la justicia. Pero lo que contemplaba a medida que iba pasando el tiempo no era la realización de sus ilusiones, ni el cumplimiento de las justas promesas y de los nobles propósitos, y por ello fue menguando su disposición para alabar y creciendo su necesidad de acusar, de juzgar adversamente y de condenar sin piedad, como el medio de seguir tratando de realizar su designio original de "hacer algo por México".

Después de todo, tales detalles son secundarios en su obra, no principales; son incidentales y no esenciales. Pasarán los años; otros hombres y otras mujeres vendrán con nuevos intereses, nuevas actitudes, diferentes tablas de valores. Actuarán como siempre esas dos maravillosas facultades de la mente, la de recordar y la de olvidar. Se olvidará lo pequeño, lo accidental; se recordará lo grande, lo esencial. Caerán en el olvido las ofensas que Daniel haya hecho y se apagará el resentimiento de los muchos a quien con justicia fustigó. Persistirá, en cambio, y por largo tiempo, el reconocimiento del alto valor de su obra, de su efectiva creatividad, de la manera limpia e inteligente como sirvió a su patria.

En cuanto a otro aspecto de su estilo, a su fondo humano, quedará en quienes lo conocieron mejor, en sus discípulos, lo que uno de ellos escribió en el prólogo de "Extremos de México". Dijo allí Antonio Alatorre que de su trato con Daniel Cosío Villegas "había sacado en claro tres de las razones de su admiración, su agradecimiento y su cariño para él. Y sé que mis razones son —añadió— con variantes, las mismas de otros muchos. Está dotado ampliamente con la virtud de la eficacia, con claridad y honradez de pensamiento y, por último, de cordialidad, de humanidad.....Es un hombre que practica con sencillez, sin aparato, como sin darle importancia a la cosa, el arte maravilloso de ayudar a los otros". Esto ha escrito un joven, ahora cuando parece ser rasgo constante de los jóvenes reconocer todos los defectos de sus predecesores sin apreciar en ellos ninguna de sus cualidades.

El mérito esencial de la obra de Daniel Cosío Villegas consiste en haber demostrado, con hechos, y no sólo perorando o escribiendo, la fuerza que puede tener un verdadero intelectual, apartado del poder que corrompe, cuando con genuino amor a la patria se aplica a la noble tarea de hacer posible la política más eficaz para el mayor bienestar material, espiritual y social de la nación de la cual él es parte, y para contribuir al mismo objeto en las demás naciones que lo requieran. Sólo eso, pero nada menos que todo eso fue lo que mi amigo Daniel se propuso cuando decidió dedicar su vida a "hacer algo por México".

El Presidente en Turno del Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala, toma nuevamente la palabra, diciendo:

Después de haber escuchado esta emotiva y penetrante oración, por la que reiteramos a Don Manuel Martínez Báez el cordial agradecimiento de El Colegio Nacional, de acuerdo con la tradición establecida, tengo la honra de invitar al Sr. Presidente de la República a descubrir el retrato de Don Daniel Cosío Villegas, pintado al óleo por el maestro Don Jorge González Camarena.

A continuación, el Sr. Presidente de la República procede a descubrir dicho retrato, y los asistentes a este acto, puestos de pie, aplauden prolongada y calurosamente la figura del desaparecido.

El Presidente en Turno, Dr. Silvio Zavala, torna a tomar la palabra para expresar:

Con nuestro sincero reconocimiento al Sr. Presidente de la República, a sus distinguidos acompañantes y a las señoras y señores asistentes, se da por concluida esta ceremonia.

El número aproximado de asistentes fue de 300, compuesto de familiares y amigos del homenajeado, y de altas personalidades e intelectuales.

Asistieron los señores miembros de El Colegio Nacional. Dr. Ignacio Bernal, Dr. Rubén Bonifaz Nuño, Dr. Ignacio Chávez, Dr. Héctor Fix-Zamudio, Lic. Jaime García Terrés, Dr. Antonio Gómez Robledo, Dr. Guillermo Haro, Dr. Manuel Martínez Báez, Dr. Marcos Moshinsky, don Octavio Paz, Dr. Emilio Rosenblueth, Dr. Fernando Salmerón, Dr. Bernardo Sepúlveda, Lic. Leopoldo Solís, Lic. Agustín Yáñez y Dr. Silvio Zavala.

Andrés Cisneros Chávez
Secretario-Administrador



Ceremonia de homenaje a la memoria de Daniel Cosío Villegas. En primer plano: Dr. Manuel Martínez Báez, pronunciando su discurso de homenaje. Al fondo, en el presidium: al centro, el Sr. Presidente de la República, Lic. José López Portillo; a su derecha, el Presidente en Turno de El Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala, y el Rector de la UNAM, Dr. Guillermo Soberón Acevedo; a su izquierda, el Srio. de Educación Pública, Lic. Porfirio Muñoz Ledo, y el Director Gral. del IPN, Ing. Sergio Viñals Padilla. Al lado izquierdo: Dres. Guillermo Haro, Marcos Moshinsky, Octavio Paz, Emilio Rosenblueth y Fernando Salmerón.



El Sr. Presidente de la República, Lic. José López Portillo, en el momento de descubrir el retrato al óleo de Daniel Cosío Villegas, pintado por Jorge González Camarena. Lo acompañan el Presidente en Turno de El Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala; el Srio. de Educación Pública, Lic. Porfirio Muñoz Ledo, y el Director Gral. del IPN, Ing. Sergio Viñals Padilla. Al lado derecho, de espaldas: Lic. Agustín Yáñez, Dr. Ignacio Chávez, Dr. Ignacio Bernal y Dr. José Adem, miembros de El Colegio Nacional.

Se terminó de imprimir en los Talleres
de la EDITORIAL LIBROS DE MEXICO,
S. A., el día 24 de octubre de 1977.

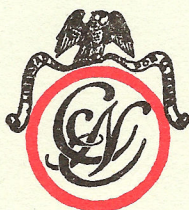
Su tiro fue de 1,000 ejemplares.

La edición estuvo al cuidado de

ANDRES CISNEROS CHAVEZ

H O M E N A J E
DE
EL COLEGIO NACIONAL
A LA MEMORIA DE
DANIEL COSIO VILLEGAS

10 de marzo de 1976



EDITORIAL DE EL COLEGIO NACIONAL
Calle de Luis González Obregón núm. 23
MÉXICO 1, D. F. (México) MCMLXXVII

HOMENAJE
DE
EL COLEGIO NACIONAL
A LA MEMORIA DE
DANIEL COSIO VILLEGAS

10 de marzo de 1976



EDITORIAL DE EL COLEGIO NACIONAL
Calle de Luis González Obregón núm. 23
MÉXICO 1, D. F. (México) MCMLXXVII

En la ciudad de México, a las 19 horas del jueves 11 de agosto de 1977, con asistencia del Señor. Presidente de la República, Licenciado José López Portillo; del Sr. Secretario de Educación Pública, Lic. Porfirio Muñoz Ledo; del Sr. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Dr. Guillermo Soberón Acevedo; del Sr. Director General del Instituto Politécnico Nacional, Ing. Sergio Viñals Padilla; y de otros altos funcionarios de la Secretaría de Educación Pública y de otras dependencias gubernamentales, en el Aula Mayor da principio la ceremonia de homenaje organizada por El Colegio Nacional a la memoria del Lic. Daniel Cosío Villegas, como Miembro Titular que fue de esta institución.

El Presidente en Turno del Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala, pronuncia las siguientes.

PALABRAS INTRODUCTORIAS

Sr. Presidente de la República, Sr. Secretario de Educación Pública, Sr. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Sr. Director del Instituto Politécnico Nacional, Sres. miembros de El Colegio Nacional, señoras y señores:

El Colegio Nacional se reúne esta noche para honrar la memoria de su distinguido Miembro Titular, Don Daniel Cosío Villegas, a quien tuvimos la pena de perder el 10 de marzo de 1976.

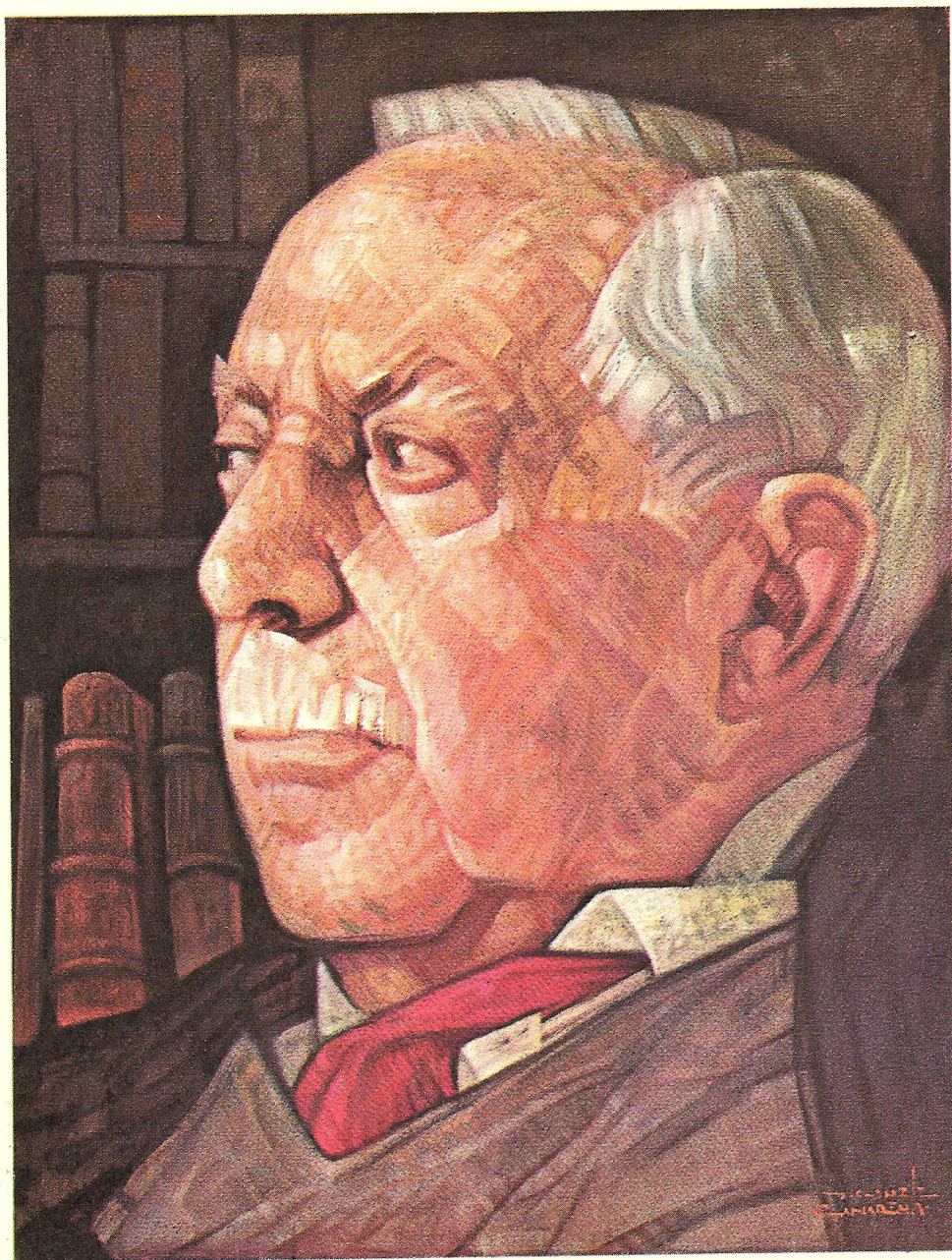
Agradece al Sr. Presidente de la República, Don José López Portillo y Pacheco, al Sr. Secretario de Educación Pública, Don Porfirio Muñoz Ledo, a sus honorables acompañantes, a los familiares, amigos y

admiradores de Don Daniel, entre los cuales se cuentan muchos jóvenes, su presencia en nuestra Aula Mayor.

Largos años de trato y amistad íntima ligaron a Don Manuel Martínez Báez, con el ilustre desaparecido, que tanto sirvió a la nación mexicana con sus escritos y creaciones en los campos de las ciencias sociales y económicas, la diplomacia, la historia y el civismo. Por ello, y porque el Consejo del Colegio Nacional tuvo presentes los relevantes méritos que don Manuel ha desplegado en el arte de la biografía, se sirvió invitarlo a ser el orador en esta velada.

Habiendo tenido la gentileza, que mucho le estimamos, de aceptar este honroso encargo, ruego al señor Doctor Martínez Báez que haga uso de la palabra.

En seguida, el Dr. Manuel Martínez Báez procede a dar lectura a su discurso de homenaje a la memoria del Lic. Daniel Cosío Villegas, y terminado, le es prolongada y calurosamente aplaudido.



DANIEL COSIO VILLEGAS

Retrato al óleo por Jorge González Camarena.

(Galería de El Colegio Nacional).

Señor Presidente de la República:
Señor Secretario de Educación Pública:
Señor Presidente y señores Miembros de El Colegio Nacional:
Señoras, señores:

El Consejo de Gobierno de El Colegio Nacional me ha designado para llevar su voz en el homenaje que rinde hoy a la memoria de uno de sus miembros más esclarecidos, el señor Licenciado don Daniel Cosío Villegas. Al iniciar el cumplimiento de tan honroso cometido me complace ofrecer al Señor Presidente de la República el saludo respetuoso de El Colegio y su agradecimiento por haber aceptado asistir a esta ceremonia, con lo cual le da solemnidad y relevancia.

Daré en seguida una explicación, que suplico sea tomada como excusa, por haber aceptado ese encargo que otros habrían desempeñado con cabal eficiencia. Para decidir como lo hizo, nuestro Consejo de Gobierno tomó en cuenta sólo la amistad que por más de medio siglo me unió al ilustre colega cuyo recuerdo evocamos ahora.

Conocí a Daniel Cosío Villegas en el año de 1922, cuando daba una serie de conferencias sobre Sociología Mexicana en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, mi ciudad natal, a donde volvió varias veces por entonces, buscando la quietud del ambiente provinciano para trabajar intensamente en algunas de sus tareas. Pronto hubo entre nosotros dos una amistad que nunca sufrió quebranto por el resto de su vida. Conocí por ella sus antecedentes, seguí después al tanto de su vida y de su actuación; escuché muchas de sus conferencias y he leído buena parte de su obra escrita, con lo cual se sumaron a mi afecto amistoso el reconocimiento y la admiración de su extraordinaria personalidad.

Cuando volvió a la ciudad de México, en 1915, traía, con sus dotes ingénitas reveladas ya en la provincia como estudiante distinguido, el intenso amor a la patria que por entonces se solía inculcar a los niños mexicanos, aun antes de que tuvieran idea clara de lo que es la patria, y un ideal que enunció, sencillamente, como "hacer algo por México".

Comenzaba entonces una vida nueva para nuestra patria; era, en las propias palabras de Daniel, "la primavera de la Revolución", cuyos postulados estimaba justos y en cuyas realizaciones esperaba confiado, mientras que su optimismo juvenil lo hacía tolerante de las divisiones entre los revolucionarios y de la actuación, no siempre eficiente, de los caudillos militares transformados en gobernantes.

Emprendió el largo camino que lo llevaría a la realización de su ideal. Disponía para ello de fresca juventud, salud cabal, inteligencia extraordinariamente brillante y laboriosidad infatigable. En la Escuela Nacional Preparatoria obtuvo los grados de Bachiller en Artes y en Letras, y tras un intento frustrado para estudiar Ingeniería, ingresó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, impulsado no por el deseo de hacerse abogado, sino más bien por su interés en las ciencias sociales. En la Escuela de Altos Estudios, al seguir los cursos para la Maestría en Filosofía, asistió "deslumbrado" a las lecciones espectaculares de Antonio Caso, se incorporó al grupo de intelectuales jóvenes conocido como "La Generación de 1915", e inició su actividad creativa, que algunos han calificado de polifacética.

Me parece más bien que la carrera de Cosío Villegas es comparable a un camino único, con varias etapas, para cada una de las cuales se fijó una

meta precisa que siempre alcanzó, pero con tendencia invariable hacia un objeto final, su ideal primero, "el imperativo categórico de hacer algo en beneficio de la Nación". Para acatarlo eficazmente se aplicó a conocer bien a su patria. La Sociología le enseñó la estructura y el funcionamiento de las colectividades humanas y por ello la estudió con ahinco. Amante de la acción, participó desde luego en la política estudiantil y pronto sus compañeros lo distinguieron eligiéndolo para representarlos en el Consejo Universitario. Interesado desde entonces en las relaciones internacionales,

sugirió y obtuvo la creación de plazas para "agregados estudiantiles" a nuestras representaciones diplomáticas en los países latinoamericanos y ascendió en este plano hasta la presidencia del Primer Congreso Internacional de Estudiantes. Aspiró a hacerse escritor por el gusto de ejercer tal oficio y para servirse de él en sus trabajos ulteriores, y comenzó a escribir. Mientras seguía acrecentando su saber, ayudaba a otros a adquirirlo practicando la docencia que ejerció tan eficazmente por el resto de su vida.

Su labor se animaba con su indomable vehemencia, pero siempre la encauzó metódicamente, con apego a rigurosa disciplina. Al ahondar en el conocimiento de la etapa que entonces vivía su patria, reconoció la importancia primordial de sus factores económicos, y sufriendo la escasa posibilidad para estudiar aquí la Economía, marchó al extranjero, y en las universidades de Harvard, Wisconsin, Cornell, Londres y París siguió los cursos que daban los grandes economistas de aquellos días. Cuando terminaba esta preparación fue invitado a encargarse de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, pero tuvo que dejarla bien pronto, tras aquel tumulto que después muchos han llamado "lucha por la autonomía universitaria". Se dedicó entonces a fomentar aquí el estudio de la Economía; la enseñó desde la cátedra, logró la creación de la Escuela de Economía, fundó la revista "El Trimestre Económico" y estableció el Fondo de Cultura Económica, cuyo desarrollo promovió con el gran éxito que todos conocemos.

Entre tanto actuaba también en el campo de las Relaciones Internacionales, desde la Secretaría de tal ramo o con la representación de México en órganos y en reuniones de cooperación internacional. Sugirió por entonces invitar a un grupo de intelectuales españoles republicanos para venir a México y proseguir aquí sus tareas, salvando así los escollos que

afrontaban mientras la guerra civil destrozaba a su patria. Aprobada tal sugerencia, organizó para realizarla la Casa de España en México, transformada después en El Colegio de México, en donde creó los centros de estudios en Lingüística, Sociología, Historia y Relaciones Internacionales y fundó las revistas "Historia Mexicana" y "Foro Internacional".

Apreciando con lucidez la necesidad de conocer a fondo y con certeza el pasado inmediato en la vida de México para poder orientar su presente y su futuro, se propuso hacer una nueva historia moderna de nuestro país y realizó esa tarea con la colaboración de un equipo de historiadores jóvenes, aptos y entusiastas.

En cada una de sus creaciones Cosío Villegas cumplió su propósito de poner en manos jóvenes las empresas que acometía cuando juzgaba que habían llegado a la madurez, con lo cual ha logrado la supervivencia y el desarrollo que ahora tienen.

Todas estas labores no mermaron su capacidad para la acción ni templaron su empeño en realizar su ideal. En los últimos años de su vida, mientras seguía intensamente ocupado en dirigir los trabajos del Centro de Estudios Históricos en El Colegio de México, aplicó su vasto conocimiento de las ciencias sociales para emprender nueva tarea, la del politólogo, ampliamente conocida por la divulgación que de ella hizo a través de un diario de la capital.

Cada una de las etapas en la carrera de Cosío Villegas tuvo trascendencia que impide dejar su rememoración simplemente en mencionarlas y que, a pesar de la ya confesada limitación de mi aptitud, me induce a comentarlas. La de su promoción de los estudios en Economía ha tenido consecuencias prácticas vastas y notorias que hacen innecesario insistir en ella; en cambio, me parece que otras no han tenido toda la difusión y el encomio que merecen. Tal es su intervención en las Relaciones Internacionales, iniciada desde sus días de estudiante, seguida en la Secretaría de Relaciones Exteriores, culminada con la representación de México en organismos y reuniones internacionales y ha dejado, para provecho de quienes le sigan en este camino, su voluminoso estudio sobre "La Cuestión Arancelaria en México" y la copiosa "Bibliografía sobre Cuestiones Internacionales de México.

Esta labor, en la que se ocupó por más de cuarenta años, le dio conocimiento amplio y certero de aspectos importantes en las relaciones exteriores de nuestro país, y su actuación esmerada e inteligente en reuniones y organismos de cooperación internacional le permitió enterarse

a fondo del objeto, la estructura y el funcionamiento de órganos esenciales dentro del sistema de Las Naciones Unidas, e intervenir en ellos con eficiencia y decoro ejemplares que prestigiaron a nuestro país y a él le dieron la satisfacción de representar dignamente a México ante las demás naciones del mundo. La actuación relevante de Cosío Villegas en el campo internacional le valió, entre otros éxitos, el de obtener para México su elección como Miembro del Consejo Económico y Social, y el de ser electo él mismo para presidir este importante organismo. De la manera como desempeñó esa presidencia tuve un testimonio personal cuando en cierta ocasión el embajador de una potencia europea ante Las Naciones Unidas me habló de Daniel con gran elogio y me dijo que, a su parecer, éste había sido el mejor presidente del Consejo que él había conocido.

Dentro de esta etapa de su carrera Daniel tuvo otra actuación muy acertada y oportuna que no ha sido reconocida tan ampliamente y tan justamente elogiada como lo merece. Fue la sugestión que hizo al Presidente, General Cárdenas, para invitar a un grupo de intelectuales españoles republicanos a proseguir aquí sus labores entre tanto triunfara en su patria la legalidad contra la traición de Franco y la intromisión de fascistas y nazis. Ahora es ya lugar común reconocer el gran provecho que obtuvo nuestro país, cuando aquella sugerencia fue aprobada y realizada, con las aportaciones de maestros eminentes que indujeron nuevos rumbos en la docencia, transmitieron su propio saber y formaron verdaderos discípulos, continuadores hoy de la labor que aquéllos realizaron. Es debido reconocer con mayor amplitud y precisión el papel creador y la habilidad como organizador que tuvo Daniel Cosío Villegas en esta acción.

La etapa más notoria en la carrera de este ilustre colega nuestro ha sido la del historiador. Al explicar ese carácter polifacético que algunos han creído advertir en su obra, y al cual su propio autor ha llamado, usando su buen humor, "cambio de casaca intelectual", dijo que de todas las casacas con que se vistió "ésa de la Historia fue la que me cuadró más", y explicó detenidamente cómo ella fue el quehacer más largo y laborioso de su vida. El interés por la Historia se despertó en él cuando daba un curso de

Historia Económica de los Países de Europa Occidental y de los Estados Unidos", pero el móvil inmediato que lo decidió a hacer la de su país, en

la época moderna, fue la circunstancia de que "en un momento dado le asaltó la duda angustiosa de si México estaba entrando en una etapa de su vida en la cual parecía desviarse el curso de la Revolución, al conceder otra vez interés mayor al progreso material que al logro de la libertad, y a la cual no pocos comenzaron a llamar "neoporfirismo".

Sobre esta cuestión escribió: "Para cerciorarse era necesario averiguar, primero, qué había sido realmente el porfirismo, y después seguir el curso de la Revolución para ir localizando las semejanzas y las diferencias del nuevo con el antiguo régimen. Era menester investigarlas a fondo, para que salieran de las fuentes mismas de la Historia, de los documentos, de la prensa periódica y de la literatura secundaria". Se dispuso entonces a investigar y a escribir la historia de esos setenta y cinco años que iban de 1878, cuando Porfirio Díaz se hace de la Presidencia de la República, hasta 1972. Al reconocer la necesidad de dar cima a esa tarea "antes de que la utilidad aleccionadora de la misma se hubiera evaporado", se lanzó a esta empresa como director general de la misma y como redactor de algunos de sus volúmenes, para lo cual requirió la colaboración de un grupo de jóvenes interesados en el estudio de la Historia y ya con varia experiencia en él, aleccionado y dirigido para trabajar metódicamente conforme a los dictados de la historiografía.

Comprendiendo que "era imposible acometer la redacción de esas dos historias", la del Porfiriato y la de la Revolución "al mismo tiempo" y como su objeto principal "era tomar al régimen de Díaz como punto de comparación", decidió aplazar la preparación de la historia revolucionaria para un futuro indeterminado. Esta empresa fue acometida con diligencia, pasó por vicisitudes que su realizador ha narrado minuciosamente, y culminó en 1972 con la publicación del tomo décimo de la "Historia Moderna de México". De la calidad de esta obra dan fe los comentarios altamente elogiosos debidos a críticos competentes e imparciales, publicados aquí y en el extranjero. Desde luego es evidente que con este ímprobo trabajo Cosío Villegas logró plenamente el fin que con él se propuso: demostrar que no se debe adoptar como el modelo para orientar la vida de México, al porfirismo, al cual arrasó totalmente con el testimonio irrefutable de la Historia.

Al mérito que esta obra tiene por sí misma se ha de añadir el de que, con su elaboración, el grupo de historiadores jóvenes que en ella

participaron adquirió mayor experiencia, mejor aptitud y más firme interés en su especialidad, revelados ya en la producción de otras obras, la "Historia General de México", la "Telehistoria de México" y la "Historia Mínima de México", así como la preparación, ya muy avanzada, de la "Historia Contemporánea de México" y el buen número de libros ya publicados por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Además han quedado como subproductos valiosos de aquella empresa principal, la "Historiografía Mexicana", en tres partes, con amplias notas explicativas y 1,276 fichas bibliográficas, cuya recolección, su ordenamiento y su reproducción requirieron trabajo arduo, que en lo sucesivo se ahorrarán ya quienes sigan investigando en nuestra historia.

Otros incentivos que para su entusiasmo en esta empresa tuvo Cosío Villegas fueron "el haber podido sacar partido de sus actividades anteriores, Sociología, Derecho, Economía; el tener que tratar de una época en la que figuraron 'aquellos hombres que parecían gigantes', según dijo Antonio Caso: Juárez, Lerdo, Iglesias, Ignacio Ramírez, Altamirano, etc... A que la naturaleza misma de la Historia requiere trazar un lienzo significativo y congruente...y exige un lenguaje limpio, expresivo y aun emotivamente literario". Parece evidente que de esa "naturaleza misma de la Historia" a que Cosío aludió, estimaba en particular dos de los conceptos contenidos en la definición que de ella dejó Cicerón: *lux veritatis* y *magistra vitae*. La historia ha de ser "luz de la verdad" para que su testimonio tenga el crédito incuestionable que se le reconoce, y siendo "maestra de la vida" sus lecciones deben ser comprendidas, aprendidas y aplicadas correctamente para regir la vida actual de los pueblos y orientar la del futuro. Con justa razón dijo Daniel, en términos modestos y un tanto irónicos, que, después de todo, "no había sido un desperdicio completo el cambiar periódicamente de casaca intelectual".

Pero de las varias que usó, hubo una que llevó continuamente, a lo largo de toda su vida. Fue la del maestro, en la más amplia y noble de las acepciones de tal término. Comenzó a ejercer esa profesión cuando apenas tenía la edad de dieciocho años; la dejó el día en que murió. Apreció con lucidez todo el valor de ese oficio; reconoció que enseñar es un medio efectivo para aprender más; estimó su eficacia para conducir por la razón sin imponerse por la autoridad y tuvo muy en cuenta que su ejercicio

debe, ante todo, guiar y ayudar al alumno para que por sí mismo siga buscando el saber, lo aprecie justamente y procure su más provechosa aplicación.

En esta etapa permanente de su carrera desarrolló al máximo todas sus habilidades, manifiestas en sus exposiciones orales y en sus escritos. Sus conferencias y sus ensayos fueron modelo en ambos géneros. Daba a sus oyentes la sensación cómoda de sentir que entendían fácilmente lo que les exponía, y su estilo ameno y elegante mantenía vivo el interés y despierta la atención para el asunto de que trataba. Para sus escritos tuvo manifiesta preferencia por la forma literaria del ensayo y en los que produjo logró muy alta calidad. Tal vez se podría decir que sus conferencias eran como ensayos presentados oralmente, que sus ensayos parecían conferencias escritas y sus artículos periodísticos, formas abreviadas del ensayo.

En este Colegio Nacional tuvo Cosío Villegas su más frecuentada tribuna, desde el 7 de mayo de 1951, cuando tomó posesión de su cargo como Miembro Titular. Desde ella dio varias series de conferencias sobre temas de nuestra historia moderna, de la de las relaciones de México con los Estados Unidos y con Guatemala; de las existentes entre varios países latinoamericanos, y sobre politología. Quienes tuvimos el privilegio de escucharlas las recordaremos siempre con agrado. Su voz no era la mejor de sus dotes, pero la hacía clara, con buena elocución, ni apresurada ni lenta en exceso, acentuando las frases sobre las que deseaba mayor atención, acompañándola con ademanes sobrios y oportunos. Sabía usar bien sus notas y así salvaba los escollos de la improvisación sin provocar el tedio que produce escuchar la lectura continua de un texto escrito. Presentaba datos precisos sobre los hechos que narraba, citando sus fuentes originales cuando le parecía conveniente, y después hacía sus comentarios, a menudo inspirados con su gran sentido del humor, sobre todo cuando quería rebatir o despreciar a alguien. Terminaba anunciando el tema de su siguiente conferencia y asumía actitud comedida ante el aplauso caluroso con el que siempre le manifestaba su satisfacción el público numeroso que había acudido a escucharlo. Ciertamente era un fino placer escuchar una conferencia de Cosío Villegas.

Ejerció también su acción magisterial, y en gran escala, con su obra escrita, con la creación de sus revistas científicas, con la fundación de

cátedras y de planteles de educación superior y, de manera muy especial, en las relaciones que tuvo con sus discípulos y colaboradores, a quienes imponía una estricta disciplina de trabajo, animada con la cordialidad de su actitud, profundamente humana. Su deslumbramiento ante la actuación magisterial de Antonio Caso perduró en él, convertido en anhelo de llegar a ser, a su vez, un gran maestro, y satisfizo ampliamente ese anhelo.

En este aspecto de su actuación mantuvo siempre muy grandes interés en la Universidad Nacional de México, originado en el hondo amor a la institución en la que inició su carrera y en el pleno reconocimiento del papel primordial que aquélla tiene en la dirección de la vida cívica de nuestra patria. Ese interés tuvo una de sus manifestaciones más ampliamente divulgadas en la serie de 19 artículos periodísticos que reunió bajo el rubro de "El Estudiante y su Universidad", en los cuales abundan conceptos que se han vuelto de actualidad, como aquél en el que dijo, aludiendo a quienes malévolamente estorban el debido cumplimiento de las funciones esenciales de la Institución: "No piensan en que la noble idea de la autonomía garantiza la libre emisión del pensamiento como motor del florecimiento intelectual, sino en la impunidad que tal libertad académica les da para desarrollar dentro de las aulas una actividad política y de agitación que no debe hacerse dentro de los recintos escolares. En este problema...nada tiene que ver la Universidad; antes bien ella es víctima de causas exteriores cuyo encauzamiento está fuera de sus atribuciones y de sus fuerzas".

Ese interés profundo por la actuación de la Universidad encontró realización práctica cuando Cosío Villegas obtuvo para el Colegio de México, además de los recursos materiales y humanos indispensables para su buen funcionamiento, el reconocimiento legal de su categoría universitaria. Pudo así dotarlo con profesorado selecto, a tiempo completo, bien pagado y con estabilidad en sus puestos, y darle alumnos escogidos, estudiantes estudiosos, con recursos para permitirles ser, también ellos, "de tiempo-completo". Los frutos de tal empeño y de esa dirección son hoy una espléndida realidad.

Hay otro aspecto en la obra de Daniel que me parece debido no pasar por alto. Es el que constituye su estilo, dando a este vocablo su sentido más lato, el que hace muchos años hizo a alguien decir que "el estilo es el

hombre". El estilo de Daniel no siempre fue igual en todos sus aspectos, pues si bien siempre buscó y encontró lenguaje claro, preciso y elegante para sus escritos y sus exposiciones orales, en cambio se advierte en el de sus años últimos una gran parquedad en el elogio y una severidad dura, despiadada y a veces hasta cruel, para increpar a quienes menospreciaba. En este aspecto particular su vehemencia llegó tal vez hasta la desmesura, y en ella encuentro su pequeña contribución a la regla que niega la posibilidad de la perfección a la obra humana. Deploro tener que reconocer que, al menos en alguna ocasión emitió pareceres erróneos que ofendieron a personas a quienes considero dignas de estimación y de respeto, con algunas de las cuales llevo verdadera y ya vieja amistad.

Pero, como dije antes, el estilo de Daniel no fue siempre igual en este aspecto. Cuando él era joven estaba lleno del optimismo propio de su edad, y su vehemencia, tan grande entonces como lo fue después, se desfogaba en elogios, en aprobación encomiástica de hechos o de personas. Alababa intensamente a maestros, poetas, escritores, músicos, pintores, políticos. Expresaba así su esperanza en un futuro mejor, su fe en la prevalencia de la razón, de la verdad, de la justicia. Pero lo que contemplaba a medida que iba pasando el tiempo no era la realización de sus ilusiones, ni el cumplimiento de las justas promesas y de los nobles propósitos, y por ello fue menguando su disposición para alabar y creciendo su necesidad de acusar, de juzgar adversamente y de condenar sin piedad, como el medio de seguir tratando de realizar su designio original de "hacer algo por México".

Después de todo, tales detalles son secundarios en su obra, no principales; son incidentales y no esenciales. Pasarán los años; otros hombres y otras mujeres vendrán con nuevos intereses, nuevas actitudes, diferentes tablas de valores. Actuarán como siempre esas dos maravillosas facultades de la mente, la de recordar y la de olvidar. Se olvidará lo pequeño, lo accidental; se recordará lo grande, lo esencial. Caerán en el olvido las ofensas que Daniel haya hecho y se apagará el resentimiento de los muchos a quien con justicia fustigó. Persistirá, en cambio, y por largo tiempo, el reconocimiento del alto valor de su obra, de su efectiva creatividad, de la manera limpia e inteligente como sirvió a su patria.

En cuanto a otro aspecto de su estilo, a su fondo humano, quedará en quienes lo conocieron mejor, en sus discípulos, lo que uno de ellos escribió en el prólogo de "Extremos de México". Dijo allí Antonio Alatorre que de su trato con Daniel Cosío Villegas "había sacado en claro tres de las razones de su admiración, su agradecimiento y su cariño para él. Y sé que mis razones son —añadió— con variantes, las mismas de otros muchos. Está dotado ampliamente con la virtud de la eficacia, con claridad y honradez de pensamiento y, por último, de cordialidad, de humanidad.....Es un hombre que practica con sencillez, sin aparato, como sin darle importancia a la cosa, el arte maravilloso de ayudar a los otros". Esto ha escrito un joven, ahora cuando parece ser rasgo constante de los jóvenes reconocer todos los defectos de sus predecesores sin apreciar en ellos ninguna de sus cualidades.

El mérito esencial de la obra de Daniel Cosío Villegas consiste en haber demostrado, con hechos, y no sólo perorando o escribiendo, la fuerza que puede tener un verdadero intelectual, apartado del poder que corrompe, cuando con genuino amor a la patria se aplica a la noble tarea de hacer posible la política más eficaz para el mayor bienestar material, espiritual y social de la nación de la cual él es parte, y para contribuir al mismo objeto en las demás naciones que lo requieran. Sólo eso, pero nada menos que todo eso fue lo que mi amigo Daniel se propuso cuando decidió dedicar su vida a "hacer algo por México".

El Presidente en Turno del Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala, toma nuevamente la palabra, diciendo:

Después de haber escuchado esta emotiva y penetrante oración, por la que reiteramos a Don Manuel Martínez Báez el cordial agradecimiento de El Colegio Nacional, de acuerdo con la tradición establecida, tengo la honra de invitar al Sr. Presidente de la República a descubrir el retrato de Don Daniel Cosío Villegas, pintado al óleo por el maestro Don Jorge González Camarena.

A continuación, el Sr. Presidente de la República procede a descubrir dicho retrato, y los asistentes a este acto, puestos de pie, aplauden prolongada y calurosamente la figura del desaparecido.

El Presidente en Turno, Dr. Silvio Zavala, torna a tomar la palabra para expresar:

Con nuestro sincero reconocimiento al Sr. Presidente de la República, a sus distinguidos acompañantes y a las señoras y señores asistentes, se da por concluida esta ceremonia.

El número aproximado de asistentes fue de 300, compuesto de familiares y amigos del homenajeado, y de altas personalidades e intelectuales.

Asistieron los señores miembros de El Colegio Nacional. Dr. Ignacio Bernal, Dr. Rubén Bonifaz Nuño, Dr. Ignacio Chávez, Dr. Héctor Fix-Zamudio, Lic. Jaime García Terrés, Dr. Antonio Gómez Robledo, Dr. Guillermo Haro, Dr. Manuel Martínez Báez, Dr. Marcos Moshinsky, don Octavio Paz, Dr. Emilio Rosenblueth, Dr. Fernando Salmerón, Dr. Bernardo Sepúlveda, Lic. Leopoldo Solís, Lic. Agustín Yáñez y Dr. Silvio Zavala.

Andrés Cisneros Chávez
Secretario-Administrador



Ceremonia de homenaje a la memoria de Daniel Cosío Villegas. En primer plano: Dr. Manuel Martínez Báez, pronunciando su discurso de homenaje. Al fondo, en el presidium: al centro, el Sr. Presidente de la República, Lic. José López Portillo; a su derecha, el Presidente en Turno de El Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala, y el Rector de la UNAM, Dr. Guillermo Soberón Acevedo; a su izquierda, el Srio. de Educación Pública, Lic. Porfirio Muñoz Ledo, y el Director Gral. del IPN, Ing. Sergio Viñals Padilla. Al lado izquierdo: Dres. Guillermo Haro, Marcos Moshinsky, Octavio Paz, Emilio Rosenblueth y Fernando Salmerón.



El Sr. Presidente de la República, Lic. José López Portillo, en el momento de descubrir el retrato al óleo de Daniel Cosío Villegas, pintado por Jorge González Camarena. Lo acompañan el Presidente en Turno de El Colegio Nacional, Dr. Silvio Zavala; el Srto. de Educación Pública, Lic. Porfirio Muñoz Ledo, y el Director Gral. del IPN, Ing. Sergio Viñals Padilla. Al lado derecho, de espaldas: Lic. Agustín Yáñez, Dr. Ignacio Chávez, Dr. Ignacio Bernal y Dr. José Adem, miembros de El Colegio Nacional.

Se terminó de imprimir en los Talleres
de la EDITORIAL LIBROS DE MEXICO,
S. A., el día 24 de octubre de 1977.

Su tiro fue de 1,000 ejemplares.

La edición estuvo al cuidado de

ANDRES CISNEROS CHAVEZ

Señor Presidente de la República:

Señor Secretario de Educación Pública:

Señor Presidente y señores Miembros de El Colegio Nacional:

Señoras, señores:

El Consejo de Gobierno de el Colegio Nacional me ha designado para llevar su voz en el homenaje que rinde hoy a la memoria de uno de sus miembros más esclarecidos, el señor Licenciado don Daniel Cosío Villegas. Al iniciar el cumplimiento de tan honroso cometido me complace ofrecer al Señor Presidente de la República el saludo respetuoso de El Colegio y su agradecimiento por haber aceptado asistir a esta ceremonia, con lo cual le da solemnidad y relevancia.

Daré en seguida una explicación, que suplico sea tomada como excusa, por haber aceptado ese encargo que otros habrían desempeñado con cabal eficiencia. Para decidir como lo hizo, nuestro Consejo de Gobierno tomó en cuenta sólo la amistad que por más de medio siglo me unió al ilustre colega cuyo recuerdo evocamos ahora.

Conocí a Daniel Cosío Villegas en el año de 1922, cuando daba una serie de conferencias sobre Sociología Mexicana en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, mi ciudad natal, adonde volvió varias ve-

ces por entonces, buscando la quietud del ambiente provinciano para trabajar intensamente en algunas de sus tareas. Pronto hubo entre nosotros dos una amistad que nunca sufrió quebranto por el resto de su vida. Conocí por ella sus antecedentes, seguí después al tanto de su vida y de su actuación; escuché muchas de sus conferencias y he leído buena parte de su obra escrita, con lo cual se sumaron a mi afecto amistoso el reconocimiento y la admiración de su extraordinaria personalidad.

Cuando volvió a la ciudad de México, en 1915, traía, con sus dotes ingénitas reveladas ya en la provincia como estudiante distinguido, el intenso amor a la patria que por entonces se solía inculcar a los niños mexicanos, aun antes de que tuvieran idea clara de lo que es la patria, y un ideal que enunció, sencillamente, como "hacer algo por México".

Comenzaba entonces una vida nueva para nuestra patria; era, en las propias palabras de Daniel, "la primavera de la Revolución," cuyos postulados estimaba justos y en cuyas realizaciones esperaba confiado, mientras que su optimismo juvenil lo hacía tolerante de las divisiones entre los revolucionarios y de la actuación, no siempre eficiente, de los caudillos militares transformados en gobernantes.

Emprendió el largo camino que lo llevaría a la realización de su ideal. Disponía para ello de fresca juven

tud, salud cabal, inteligencia extraordinariamente brillante y laboriosidad infatigable. En la Escuela Nacional Preparatoria obtuvo los grados de Bachiller en Artes y en Letras, y tras un intento frustrado para estudiar Ingeniería, ingresó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, impulsado no por el deseo de hacerse abogado, sino más bien por su interés en las ciencias sociales. En la Escuela de Altos Estudios, al seguir los cursos para la Maestría en Filosofía, asistió "deslumbrado" a las lecciones espectaculares de Antonio Caso, se incorporo al grupo de intelectuales jóvenes conocido como "La Generación de 1915", e inició su actividad creativa, que algunos han calificado de polifacética.

Me parece más bien que la carrera de Cosío Villegas es comparable a un camino único, con varias etapas, para cada una de las cuales se fijó una meta precisa que siempre alcanzó, pero con tendencia invariable hacia un objeto final, su ideal primero, "el imperativo categórico de hacer algo en beneficio de la Nación". Para acatarlo eficazmente se aplicó a conocer bien a su patria. La Sociología le enseñó la estructura y funcionamiento de las colectividades humanas y por ello la estudió con ahinco. Amante de la acción, participó desde luego en la política estudiantil y pronto sus compañeros lo distinguieron eligiéndolo para representarlos en el Consejo Universitario. Interesado desde entonces en las relaciones inter

nacionales, sugirió y obtuvo la creación de plazas para "agregados estudiantiles" a nuestras representaciones diplomáticas en los países latinoamericanos y ascendió en este plano hasta la presidencia del Primer Congreso Internacional de Estudiantes. Aspiró a hacerse escritor por el gusto de ejercer tal oficio y para servirse de él en sus trabajos ulteriores, y comenzó a escribir. Mientras seguía acrecentando su saber, ayudaba a otros a adquirirlo practicando la docencia que ejerció tan eficazmente por el resto de su vida.

Su labor se animaba con su indomable vehemencia, pero siempre la encauzó metódicamente, con apego a rigurosa disciplina. Al ahondar en el conocimiento de la etapa que entonces vivía su patria, reconoció la importancia primordial de sus factores económicos, y sufriendo la escasa posibilidad para estudiar aquí la Economía, marchó al extranjero, y en las universidades de Harvard, Wisconsin, Cornell, Londres y París siguió los cursos que daban los grandes economistas de aquellos días. Cuando terminaba esta preparación fue invitado a encargarse de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, pero tuvo que dejarla bien pronto, tras aquel tumulto que después muchos han llamado "lucha por la autonomía universitaria". Se dedicó entonces a fomentar aquí el estudio de la Economía; la enseñó desde la cátedra, logró la creación de la Escuela de Economía, fundó la revista "El Trimestre Económico" y esta-

bleció el Fondo de Cultura Económica, cuyo desarrollo promovió con el gran éxito que todos conocemos.

Entre tanto actuaba también en el campo de las Relaciones Internacionales, desde la Secretaría de tal ramo o con la representación de México en órganos y en reuniones de cooperación internacional. Sugirió por entonces invitar a un grupo de intelectuales españoles republicanos para venir a México y proseguir aquí sus tareas, salvando así los escollos que afrontaban mientras la guerra civil destrozaba a su Patria. Aprobada tal sugerencia, organizó para realizarla la Casa de España en México, transformada después en El Colegio de México, en donde creó los centros de estudios en Lingüística, Sociología, Historia y Relaciones Internacionales y fundó las revistas "Historia Mexicana" y "Foro Internacional".

Apreciando con lucidez la necesidad de conocer a fondo y con certeza el pasado inmediato en la vida de México para poder orientar su presente y su futuro, se propuso hacer una nueva historia moderna de nuestro país, y realizó esa tarea con la colaboración de un equipo de historiadores jóvenes, aptos y entusiastas.

En cada una de sus creaciones Cosío Villegas cumplió su propósito de poner en manos jóvenes las empresas que acometía cuando juzgaba que habían llegado a la madurez, con lo cual ha logrado la supervivencia y el desarrollo que ahora tienen.

Todas estas labores no mermaron su capacidad para la acción ni templaron su empeño en realizar su ideal. En los últimos años de su vida, mientras seguía intensamente ocupado en dirigir los trabajos del Centro de Estudios Históricos en El Colegio de México, aplicó su vasto conocimiento de las ciencias sociales para emprender nueva tarea, la del politólogo, ampliamente conocida por la divulgación que de ella hizo a través de un diario de la capital.

Cada una de las etapas en la carrera de Cosío Villegas tuvo trascendencia que impide dejar su rememoración simplemente en mencionarlas y que, a pesar de la ya confesada limitación de mi aptitud, me induce a comentarlas. La de su promoción de los estudios en Economía ha tenido consecuencias prácticas vastas y notorias que hacen innecesario insistir en ella; en cambio, me parece que otras no han tenido toda la difusión y el encómio que merecen. Tal es su intervención en las Relaciones Internacionales, iniciada desde sus días de estudiante, proseguida en la Secretaría de Relaciones Exteriores, culminada con la representación de México en organismos y reuniones internacionales y que ha dejado, para provecho de quienes le sigan en este camino, su voluminoso estudio sobre "La Cuestión Arancelaria en México" y la copiosa "Bibliografía sobre Cuestiones Internacionales de México."

Esta labor, en la que se ocupó por más de cuarenta

años, le dio conocimiento amplio y certero de aspectos importantes en las relaciones exteriores de nuestro país, y su actuación esmerada e inteligente en reuniones y organismos de cooperación internacional le permitió enterarse a fondo del objeto, la estructura y el funcionamiento de órganos esenciales dentro del sistema de Las Naciones Unidas, e intervenir en ellos con eficiencia y decoro ejemplares que prestigiaron a nuestro país y él le dieron la satisfacción de representar dignamente a México ante las demás naciones del mundo. La actuación relevante de Cosío Villegas en el campo internacional le valió, entre otros éxitos, el de obtener para México su elección como Miembro del Consejo Económico y Social, y el de ser electo él mismo para presidir este importante organismo. De la manera como desempeño esa presidencia tuve un testimonio personal cuando en cierta ocasión el embajador de una potencia europea ante Las Naciones Unidas me habló de Daniel con gran elogio y me dijo que, a su parecer, éste había sido el mejor presidente del Consejo que él había conocido.

Dentro de esta etapa de su carrera Daniel tuvo otra actuación muy acertada y oportuna que no ha sido reconocida tan ampliamente y tan justamente elogiada como lo merece. Fue la sugestión que hizo al Presidente, General Cárdenas, para invitar a un grupo de intelectua

les españoles republicanos a proseguir aquí sus labores entre tanto triunfara en su patria la legalidad contra la traición de Franco y la intromisión de fascistas y nazis. Ahora es ya lugar común reconocer el gran provecho que obtuvo nuestro país, cuando aquella sugerencia fue aprobada y realizada, con las aportaciones de maestros eminentes que indujeron nuevos rumbos en la docencia, transmitieron su propio saber y formaron verdaderos discípulos, continuadores hoy de la labor que aquellos realizaron. Es debido reconocer con mayor ampli tud y precisión el papel creador y la habilidad como organizador que tuvo Daniel Cosío Villegas en esta acción.

La etapa más notoria en la carrera de este ilustre colega nuestro ha sido la del historiador. Al explicar ese caracter polifacético que algunos han creído advertir en su obra, y al cual su propio autor ha llamado, usando su buen humor, "cambio de casaca intelectual", dijo que de todas las casacas con que se vistió "esa de la Historia fue la que me cuadró más", y explicó detenidamente cómo ella fue el quehacer más largo y laborioso de su vida. El interés por la Historia se despertó en él cuando daba un curso de Historia "económica de los Países de Europa Occidental y de los Estados Unidos", pero el móvil inmediato que lo decidió a hacer la de su país, en la época moderna, fue la circostancia que...

cunstancia de que "en un momento dado le asaltó la duda angustiosa de si México estaba entrando en una etapa de su vida en la cual parecía desviarse el curso de la Revolución, al conceder otra vez interés mayor al progreso material que al logro de la libertad, y a la cual no pocos comenzaron a llamar "neoporfirismo".

Sobre esta cuestión escribió: "Para cerciorarse era necesario averiguar, primero, qué había sido realmente el porfirismo, y después seguir el curso de la Revolución para ir localizando las semejanzas y las diferencias del nuevo con el antiguo régimen. Era menester investigarlas a fondo, para que salieran de las fuentes fuentes mismas de la Historia, de los documentos, de la prensa periódica y de la literatura secundaria" Se dispuso entonces a investigar y a escribir la historia de esos setenta y cinco años que iban de 1878, cuando Porfirio Díaz se hace de la Presidencia de la República, hasta 1932. Al reconocer la necesidad de dar cima a esa tarea antes de que la utilidad aleccionadora de la misma se hubiera evaporado," se lanzó a esta empresa como director general de la misma y como redactor de algunos de sus volúmenes, para lo cual requirió la colaboración de un grupo de jóvenes interesados en el estudio de la Historia y ya con varia experiencia en él, aleccionado y dirigido para trabajar metódicamente conforme a los dictados de la historiografía.

Comprendiendo que "era imposible acometer la redacción de esas dos historias", la del Porfiriato y la de la Revolución "al mismo tiempo" y como su objeto principal "era tomar al régimen de Díaz como punto de comparación", decidió aplazar la preparación de la historia revolucionaria para un futuro indeterminado. Esta empresa fue acometida con diligencia, pasó por viscisitudes que su realizador ha narrado minuciosamente, y culminó en 1972 con la publicación del tomo décimo de la "Historia Moderna de México". De la calidad de esta obra dan fe los comentarios altamente elogiosos debidos a críticos competentes e imparciales, publicados aquí y en el extranjero. Desde luego es evidente que con este ímprobo trabajo Cosío Villegas logró plenamente el fin que con él se propuso: demostrar que no se debe adoptar como el modelo para orientar la vida de México, al porfirismo, al cual arrasó totalmente con el testimonio irrefutable de la Historia.

Al mérito que esta obra tiene por sí misma se ha de añadir el de que, con su elaboración, el grupo de historiadores jóvenes que en ella participaron adquirió mayor experiencia, mejor aptitud y más firme interés en su especialidad, revelados ya en la producción de otras obras, la "Historia General de México", la "Telehistoria de México" y la "Historia Mínima de México", así como la preparación, ya muy avanzada, de la

"Historia Contemporánea de México" y el buen número de libros ya publicados por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Además, han quedado como subproductos valiosos de aquella empresa principal, la "Historiografía Mexicana", en tres partes, con amplias notas explicativas y 1,276 fichas bibliográficas, cuya recolección, su ordenamiento y su reproducción requirieron trabajo arduo, que en lo sucesivo se ahorrarán ya quienes sigan investigando en nuestra historia.

Otros incentivos que para su entusiasmo en esta empresa tuvo Cosío Villegas fueron "el haber podido sacar partido de sus actividades anteriores, Sociología, Derecho, Economía; el tener que tratar de una época en la que figuraron 'aquellos' hombres que parecían gigantes", según dijo Antonio Caso: Juárez, Lerdo, Iglesias, Ignacio Ramírez, Altamirano, etc..A que la naturaleza misma de la Historia requiere trazar un lienzo significativo y congruente....y exige un lenguaje limpio, expresivo y aun emotivamente literario." Parece evidente que de esa "naturaleza misma de la Historia" a que Cosío aludió, estimaba en particular dos de los conceptos contenidos en la definición que de ella dejó Cicerón: lux veritatis y magistra vitae. La historia ha de ser "luz de la verdad" para que su testimonio tenga el crédito incuestionable que se le reconoce, y siendo "maestra de la vida" sus lecciones deben ser comprendi-

das, aprendidas y aplicadas correctamente para regir la vida actual de los pueblos y orientar la del futuro. Con justa razón dijo Daniel, en términos modestos y un tanto irónicos, que, después de todo, "no había sido un desperdicio completo el cambiar periódicamente de casa intelectual".

Pero de las varias que usó, hubo una que llevó con tinuamente, a lo largo de toda su vida. Fue la del maes tro, en la más amplia y noble de las acepciones de tal término. Comenzó a ejercer esa profesión cuando apenas tenía la edad de dieciocho años; la dejó el día en que murió. Apreció con lucidez todo el valor de ese oficio; reconoció que enseñar es un medio efectivo para apren der más; estimó su eficacia para conducir por la razón sin imponerse por la autoridad y tuvo muy en cuenta que su ejercicio debe, ante todo, guiar y ayudar al alumno para que por sí mismo siga buscando el saber, lo apre cie justamente y procure su más provechosa aplicación.

En esta etapa permanente de su carrera desarrolló al máximo todas sus habilidades, manifiestas en sus ex posiciones orales y en sus escritos. Sus conferencias y sus ensayos fueron modelo en ambos géneros. Daba a sus oyentes la sensación cómoda de sentir que entendían fácilmente lo que les exponía, y su estilo ameno y elegan te mantenía vivo el interés y despierta la atención para el asunto de que trataba. Para sus escritos tuvo ma nifiesta preferencia por la forma literaria del ensayo

y en los que produjo logró muy alta calidad. Tal vez se podría decir que sus conferencias eran como ensayos presentados oralmente, que sus ensayos parecían conferencias escritas y sus artículos periodísticos, formas abreviadas del ensayo.

En este Colegio Nacional tuvo Cosío Villegas su más frecuentada tribuna, desde el 7 de mayo de 1951, cuando tomó posesión de su cargo como Miembro Titular. Desde ella dio varias series de conferencias sobre temas de nuestra historia moderna, de la de las relaciones de México con los Estados Unidos y con Guatemala; de las existentes entre varios países latinoamericanos, y sobre politología. Quienes tuvimos el privilegio de escucharlas las recordaremos siempre con agrado. Su voz no era la mejor de sus dotes, pero la hacía clara, con buena elocución, ni apresurada ni lenta en exceso, acentuando las frases sobre las que deseaba mayor atención, acompañándola con ademanes sobrios y oportunos. Sabía usar bien sus notas y así salvaba los escollos de la improvisación sin provocar el tedio que produce escuchar la lectura continua de un texto escrito. Presentaba datos precisos sobre los hechos que narraba, citando sus fuentes originales cuando le parecía conveniente, y después hacía sus comentarios, a menudo inspirados con su gran sentido del humor, sobre todo cuando quería rebatir o depreciar a alguien. Terminaba anunciando el tema de

su siguiente conferencia y asumía actitud comedida ante el aplauso caluroso con el que siempre le manifestaba su satisfacción el público numeroso que había acudido a escucharlo. Ciertamente era un fino placer escuchar una conferencia de Cosío Villegas.

Ejerció también su acción magisterial, y en gran escala, con su obra escrita, con la creación de sus revistas científicas, con la fundación de cátedras y de planteles de educación superior y, de manera muy especial, en las relaciones que tuvo con sus discípulos y colaboradores, a quienes imponía una estricta disciplina de trabajo, animada con la cordialidad de su actitud, profundamente humana. Su deslumbramiento ante la actuación magisterial de Antonio Caso perduró en él, convertido en anhelo de llegar a ser, a su vez, un gran maestro, y satisfizo ampliamente ese anhelo.

En este aspecto de su actuación mantuvo siempre muy grande interés en la Universidad Nacional de México, originado en el hondo amor a la institución en la que inició su carrera y en el pleno reconocimiento del papel primordial que aquélla tiene en la dirección de la vida cívica de nuestra patria. Ese interés tuvo una de sus manifestaciones más ampliamente divulgadas en la serie de 19 artículos periodísticos que reunió bajo el rubro de "El Estudiante y Su Universidad", en los cuales abundan conceptos que se han vuelto de actualidad, como aquel en el que dijo, aludiendo a quienes malévolamente estorban

el debido cumplimiento de las funciones esenciales de la Institución: "No piensan en que la noble idea de la autonomía garantiza la libre emisión del pensamiento como motor del florecimiento intelectual, sino en la impunidad que tal libertad académica les da para desarrollar dentro de las aulas una actividad política y de agitación que no debe hacerse dentro de los recintos escolares. En este problema...nada tiene que ver la Universidad; antes bien ella es víctima de causas ~~ex~~ ~~ternas~~ cuyo encauzamiento está fuera de sus atribuciones y de sus fuerzas".

Ese interés profundo por la actuación de la Universidad encontró realización práctica cuando Cosío Villegas obtuvo para el Colegio de México, además de los recursos materiales y humanos indispensables para su buen funcionamiento, el reconocimiento legal de su categoría universitaria. Pudo así dotarlo con profesorado selecto, a tiempo completo, bien pagado y con estabilidad en sus puestos, y darle alumnos escogidos, estudiantes estudiosos, con recursos para permitirles ser, también ellos, "de tiempo completo". Los frutos de tal empeño y de esa dirección son hoy una espléndida realidad.

Hay otro aspecto en la obra de Daniel que me parece debido no pasar por alto. Es el que constituye su estilo, dando a este vocablo su sentido más lato, el que hace muchos años hizo a alguien decir que "el estilo es el hombre". El estilo de Daniel no siempre fue igual en todos

sus aspectos, pues si bien siempre buscó y encontró lenguaje claro, preciso y elegante para sus escritos y sus exposiciones orales, en cambio se advierte en el de sus años últimos una gran parquedad en el elogio y una severidad dura, despiadada y a veces hasta cruel, para increpar a quienes menospreciaba. En este aspecto particular su vehemencia llegó tal vez hasta la desmesura, y en ella encuentro su pequeña contribución a la regla que niega la posibilidad de la perfección a la obra humana. Deploro tener que reconocer que, al menos en alguna ocasión, emitió pareceres erróneos que ofendieron a personas a quienes considero dignas de estimación y de respeto, con algunas de las cuales llevo verdadera y ya vieja amistad.

Pero, como dije antes, el estilo de Daniel no fue siempre igual en este aspecto. Cuando él era joven estaba lleno del optimismo propio de su edad, y su vehemencia, tan grande entonces como lo fue después, se desfogaba en elogios, en aprobación encomiástica de hechos o de personas. Alababa intensamente a maestros, poetas, escritores, músicos, pintores, políticos. Expresaba así su esperanza en un futuro mejor, su fe en la prevalencia de la razón, de la verdad, de la justicia. Pero lo que contemplaba a medida que iba pasando el tiempo no era la realización de sus ilusiones, ni el cumplimiento de las justas promesas y de los nobles propósitos, y por ello fue

menguando su disposición para alabar y creciendo su necesidad de acusar, de juzgar adversamente y de condenar sin piedad, como el medio de seguir tratando de realizar su designio original de "hacer algo por México".

Después de todo, tales detalles son secundarios en su obra, no principales; son incidentales y no esenciales. Pasarán los años; otros hombres y otras mujeres vendrán con nuevos intereses, nuevas actitudes, diferentes tablas de valores. Actuarán como siempre esas dos maravillosas facultades de la mente, la de recordar y la de olvidar. Se olvidará lo pequeño, lo accidental; se recordará lo grande, lo esencial. Caerán en el olvido las ofensas que Daniel haya hecho y se apagará el resentimiento de los muchos a quienes con justicia fustigó. Persistirá, en cambio, y por largo tiempo, el reconocimiento del alto valor de su obra, de su efectiva creatividad, de la manera limpia e inteligente como sirvió a su patria.

En cuanto a otro aspecto de su estilo, a su fondo humano, quedará en quienes lo conocieron mejor, en sus discípulos, lo que uno de ellos escribió en el prólogo de "Extremos de México". Dijo allí Antonio Alatorre que de su trato con Daniel Cosío Villegas "había sacado en claro tres de las razones de su admiración, su agradecimiento y su cariño para él. Y sé que mis razones son -añadió- con variantes, las mismas de otros mu

chos. Está dotado ampliamente con la virtud de la eficacia, con claridad y honradez de pensamiento y, por último, de cordialidad, de humanidad.....Es un hombre que practica con sencillez, sin aparato, como sin darle importancia a la cosa, el arte maravilloso de ayudar a los otros." Esto ha escrito un joven, ahora cuando parece ser rásgo constante de los jóvenes reconocer todos los defectos de sus predecesores sin apreciar en ellos ninguna de sus cualidades.

El mérito esencial de la obra de Daniel Cosío Villegas consiste en haber demostrado, con hechos, y no sólo perorando o escribiendo, la fuerza que puede tener un verdadero intelectual, apartado del poder que corrompe, cuando con genuino amor a la patria se aplica a la noble tarea de hacer posible la política más eficaz para el mayor bienestar material, espiritual y social de la nación de la cual él es parte, y para contribuir al mismo objeto en las demás naciones que lo requieran. Sólo eso, pero nada menos que todo eso fue lo que mi amigo Daniel se propuso cuando decidió dedicar su vida a "hacer algo por México".